

estar dulcísimo que os era desconocido y embriagados de una felicidad que imaginabais, pero que creíais imposible poseer con los recursos que teníais á vuestro alcance.

Pero prescindiendo de este género de razones, que son como el Aquiles formidable que no puede ménos que venceros en desigual batalla, porque jamas podréis igualar ni ménos aventajar su esfuerzo, aceptamos la discusion en lo que no es discutible, y la aceptamos sobre un terreno que os es demasiado conocido, por haberlo frecuentado tantas veces vosotros y vuestros innumerables antecesores.

Vosotros y nosotros somos testigos de un prodigio, que fuera del catolicismo que todo lo explica, no tiene explicacion; y sin embargo, lo admitís lo mismo que lo admitimos nosotros y lo admite la humanidad, y admitiéndolo la humanidad, nosotros y vosotros obramos con cordura y procedemos con sabiduría. Ya habréis adivinado el prodigio á que me refiero: sois demasiado inteligentes para que no comprendais á la primera palabra. El prodigio que admitís vosotros, admitimos nosotros y admite la humanidad; es el prodigio de la concupiscencia, de esa inclinacion naturalmente invencible que lleva al hombre hácia el mal que aborrece, y le aparta del bien que ama y desea en el fondo de su razon: de esa inclinacion que le divide en dos campos opuestos y enciende la tea de la guerra intestina en cada individualidad que vive combatiéndose y destrozándose á sí misma. Este es un hecho palmario y sin explicacion razonable; y por lo mismo un prodigio contra cuya existencia no se arguye, aun cuando sobran argumentos, porque lo sentimos, y el teatro en que se rea-

liza todos los dias es el solitario de la conciencia de cada uno. Vosotros lo sentís en este momento; nos lo está diciendo el sobresalto y el pavor con que leís estas líneas, y la voz que anuda vuestra garganta y cuyo paso al exterior impedís, apretando fuertemente los labios.

Lo sintió el Profeta-rey que exclamaba: «He sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.» ¹ «Cria en mí ¡oh Dios! un corazon puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto.» ² Lo sintió Eurípides cuando ponía en boca de la antigua Fedra estas palabras, cuyo eco resuena en todas las almas: *Vemos el bien y obramos el mal: conocemos la virtud, y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos, hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.* ³ Lo sintió San Pablo, que temblando decia á los romanos: *Veo una ley en mis miembros que contradice á mi voluntad y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco aquello hago.* ⁴ Lo sintió y lo expresó Ovidio en sus Elegías.

....., *Video meliora proboque
Deteriora sequor....*

Lo sintió Racine y lo cantó en inspirados versos:

Dios mio, ¡guerra cruel!
Dos hombres encuentro en mí:

1 Psalm Miserere.

2 Id. id.

3 Tragedia de Hipólito, acto segundo, escena segunda.

4 Rom. VII.

El uno ardiente por tí
 Su culto te rinde fiel;
 El otro indócil, traidor,
 Rebelde contra su Rey
 Desprecia tu santa ley
 Y provoca tu furor.

.....
 En guerra conmigo mismo,
 De todo bien incapaz,
 ¿Dónde encontraré la paz
 En tan miserable abismo?
 Sujeto á fatal destino
 Conmigo mismo peleo,
 Huyo del bien que deseo
 Y corro al mal que abomino.

Finalmente, lo ha sentido y lo siente la humanidad toda, que como Luis XIV, al oír de boca del poeta de la religion estos mismos versos, podia exclamar y verdaderamente exclama todos los dias, todas las horas y todos los instantes: *¡Oh! estos dos hombres los conozco bien.*¹

¹ Creemos no disgustará á nuestros lectores les demos á conocer el original de los hermosos versos de Racine, de que son traduccion y apénas un reflejo pálido, los ya citados. Hélos aquí:

Mon Dieu! quelle guerre cruelle!
 Je trouve deux hommes en moi:
 L'un veut que, plein d'amour pour toi,
 Mon cœur te soit toujours fidèle;
 L'autre, à tes volontés rebelle,
 Me révolte contre ta loi.

L'un, tout esprit et tout céleste,
 Veut qu'au ciel sans cesse attaché,
 Et des biens éternels touché,
 Je compte pour rien tout le reste;

¿Cómo si no fuera esta la voz de la naturaleza que se confiesa oprimida y avasallada, frágil y miserable, habria podido ser la misma en todos los tiempos, en los de civilizacion como en los de barbarie, en los de sencillez patriarcal, como en los de refinamiento filosófico? ¿Cómo habria podido resonar en regiones tan apartadas; en la Judea como en Grecia, en Grecia como en Roma, y en Roma como en todo el mundo?

Y sin embargo, esta lucha es un misterio cuyas densas sombras oscurecen los entendimientos mas luminosos, en cuyas profundidades no penetran las inteligencias mas perspicaces, y de cuyo *por qué* no se dan razon los espíritus mas elevados, que de todo encuentran ó creen encontrar la explicacion y la causa.

Los mismos socialistas, los reformadores que ménos estudian la naturaleza y que se doblegan ante sus miras egoistas, Owen, San Simon y Fourier, han lanzado sus anatemas contra este estado revolucionario, en que el hombre es el enemigo de sí mismo; pero no se han atrevido á negarlo, sino que se han propuesto armonizarlo, hacerlo desaparecer.

Et l'autre, par son poids funeste,
 Me tient vers la terre penché.

Hélas! en guerre avec moi-même,
 Oú pourrai-je trouver la paix?
 Je veux, et n'accomplis jamais.
 Je veux; mais, (ô misère extrême!)
 Je ne fais pas le bien que j'aime,
 Et je fais le mal que je hais.

O grâce! ô rayon salutaire!
 Viens me mettre avec toi d'accord
 Et, domptant par un doux effort
 Cet homme qui t'est si contraire
 Fais ton esclave volontaire
 De cet esclave de la mort.

Pues bien, este misterio de la inclinacion al mal que se abomina, este prodigio de la concupiscencia es mas incomprendible, mas inexplicable que el misterio de la santificacion por la gracia, que el prodigio de ese impulso divino, que dándonos esfuerzo para romper las cadenas, nos restituye al estado de primitiva libertad y nos facilita la práctica del bien. Este último estado está mas en armonía con la razon, se conforma mas con nuestros instintos, se proporciona mas á nuestros legítimos deseos; en suma, es mas natural.

Tal debió haber sido el primitivo estado del hombre: así debió haber salido de las manos del Creador. No pudo la Sabiduría divina poner en su obra maestra gérmenes disolventes, elementos antagonistas; no pudo colocarle bajo tan contrarias influencias, ni sujetarle á leyes tan contradictorias. La gracia, pues, que reconstruyó un edificio que con toda evidencia algun cataclismo arruinara, y no la concupiscencia que sigue minando sus cimientos: la gracia que restablece y mantiene el equilibrio, y no la concupiscencia que todo lo desnivela, es el verdadero estado natural del hombre, porque es el único estado conforme con el primitivo.

¿Por qué, pues, os conformais con lo que os envilece y os degrada, y rendís el entendimiento á una cosa que no es ni puede ser natural; y levantais el grito contra lo que os dignifica y ensalza, contra lo único que es verdaderamente conforme con la naturaleza? Si admitís el estado de concupiscencia, en buena lógica debéis admitir el estado de gracia, porque no hay veneno que no tenga su antídoto, ni mal á que el Autor de todo bien no haya dado el remedio.

Si no es la gracia el antídoto y el remedio, proponed

otro que lo sea, fatigad con el pensamiento la cabeza, para encontrar, como Arquímedes, el punto de apoyo para vuestra palanca y como Descartes la materia y el movimiento para la creacion de vuestro nuevo universo. Pero no ha de faltar el antídoto; el remedio debe estar en las manos de todos; las contorsiones de la humanidad emponzoñada y la tirante situacion del enfermo, demandan el uno y el otro con multiplicadas instancias.

La filosofia socialista al ménos está persuadida de la existencia de esta lucha entre el deber y las inclinaciones humanas; y tan persuadida está, que ha pensado y vuelto á pensar acerca de la manera de hacerla cesar; y á su modo ha dado la solucion que resuelve el tremendo problema. Nada mas sencillo, ha dicho, que allí donde combaten encarnizadamente dos enemigos, se termine la contienda con la muerte de uno de ellos; y San Simon y Fourier pusieron todos sus conatos en conseguirlo, y arrojaron un golpe mortal á la ley que consideraron tiránica, á pesar de que caminaba en el mismo sentido que la razon; proclamaron la libertad absoluta de la naturaleza, quitaron á sus inclinaciones toda rienda, y á sus depravados y maléficos instintos todo freno. Dichos filósofos erraron, pero su mismo error justifica la necesidad é importancia de la solucion que acometieron. Erraron, porque presumieron poder quitar, derogar una ley que ellos ni ningun hombre habian dado, ni promulgado; una ley, consecuencia de relaciones necesarias, de que no podian prescindir sino destruyendo el sér cuya esencia constituían.

La religion, que siempre va mas adelante que los filósofos y los filántropos, partiendo de las mismas bases que ellos, pero siguiendo sendas ménos ásperas y mas

transitables, tenía dada la única solución posible. Ella comenzó por el respeto de la ley; y no extinguió ni aniquiló, porque un hecho no se extingue ni se aniquila nunca, la concupiscencia. Se limitó á debilitar sus tendencias, á proporcionar á la razón un nuevo auxiliar para que, unido con él, pudiese alcanzar cierta y segura victoria, y poner la ley al abrigo de la tiranía absurda de las pasiones.

Ese auxiliar poderoso que venia á ponerse del lado de una potencia para hacer la guerra á la otra, debió ser superior á la humanidad que invocaba su socorro, no debió brotar de la tierra, ni del mar, ni de los espacios, pues todo lo que en ellos existe es dominado por la humanidad, y está abajo, muy abajo de la peana de su encumbrado trono. Debió ser una cosa celeste, sobrehumana, sobrenatural, como es sobrenatural, sobrehumana y celeste la gracia divina; debió comunicarse por medios adecuados y proporcionales al hombre compuesto de espíritu y de cuerpo; debió comunicársele por los sentidos, pues hablando en general, nada conoce su inteligencia, sino por el conducto de aquellos; ¹ y por lo mismo, por medio de signos materiales, de una eficacia infalible, como lo son los sacramentos que instituyó Jesucristo, y que conserva y administra todos los días la Iglesia católica, única depositaria de la verdad.

¡La gracia y los sacramentos! fuera de ellos no hay otra solución teológica, ni filosófica razonable, por mas que se fatiguen los espíritus en encontrarla.

Es preciso no preocuparnos, ni dejarnos avasallar, ni por el odio ni por el amor, sino rendirnos á la razón, aun cuando nos hable por boca de nuestros mas enco-

¹ *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.*

nados enemigos. Solo así podemos llamarnos, con justicia, verdaderos filósofos.

El poderoso elemento de la gracia, como único remedio de la concupiscencia, fué visto como entre sombras por los genios de la antigüedad pagana. Por eso Homero presentaba siempre sus héroes animados de un impulso divino, y Platon todo lo esperaba de *esa centella divina, de esa voz de Dios que habla dentro de nosotros mismos.*

El cristianismo vino á disipar las sombras, y á hacer resplandecer un eterno día allí donde una noche que parecia eterna, habia dominado por tantos siglos.

Y pudo entónces decir San Pablo: *todo lo puedo en aquel que me conforta*, y exclamar Raciné:

¡Oh gracia! con tu poder

Librame de este enemigo,

Reconcíliame conmigo,

Restituyeme á mi sér:

Y si hasta ahora contrario

Fui á tus bondades, convierte

A este esclavo de la muerte

En esclavo voluntario.

Y con el Apóstol y el poeta, toda la humanidad: *lo único que puede librarnos, es la gracia de Dios, por medio de Jesucristo Nuestro Señor.*

Sí, la gracia de Dios, comunicada á la humanidad por Jesucristo, por el intermedio de los sacramentos que instituyó en su sabiduría, es lo que la ha regenerado y salvado, es lo único que podria regenerarla y salvarla, porque es lo único que sin destruir la libertad, sin desconocer la ley, la conduce á sus inmortales destinos á pesar del formidable contrapeso de la concupiscencia.